

La cara resplandeciente de la muerte¹

Eddie Cloer

*Estimada es a los ojos de Jehová
La muerte de sus santos (Salmos 116.15).*

Las tinieblas de la noche no destruyen la hermosura de lo que vemos en el día; lo que hacen es simplemente ocultar de nuestra vista los montes, los paisajes, y las flores, mientras llega la luz de un nuevo día. Asimismo, los seres queridos nuestros, cuyas vidas están ocultas con Cristo en Dios, no son destruidos por la muerte; solo están ocultos de nuestra vista, mientras llega la luz de un nuevo día.

La muerte puede ocultar pero no dividir;
Estás al otro lado de Cristo;
Estás con Cristo y Cristo está conmigo,
Unidos en Cristo estamos todavía.²

Cuando la muerte llega a seres queridos que son cristianos, en realidad no los «perdemos», porque sabemos dónde están.

Solo hay una fuente que nos puede hablar con autoridad acerca de la vida venidera. Las conjeturas de los paganos y las especulaciones de los filósofos no significan nada. La única fuente que puede hablarnos con autoridad es la Biblia. Puede que tenga sus pasajes difíciles y que deje muchas preguntas sin contestar, pero todo lo que sabemos acerca del otro mundo, es relatado entre las dos cubiertas de la Biblia.

Una verdad acerca de la muerte, que las

Escrituras nos transmiten, es que para el cristiano, la muerte tiene una cara resplandeciente. Según Juan 20, en la mañana del primer domingo posterior a la muerte de Jesús, un grupo de mujeres se dirigieron al sepulcro cuando todavía era oscuro (vers.º 1). Sus corazones estaban apesadumbrados. Las tinieblas que llenaban sus almas eran iguales a las de la noche en que caminaban por el sendero de piedra que llevaba al sepulcro. Cuando llegaron a este, el sol había salido, y un hermoso día daba comienzo. Hallaron que el sepulcro estaba vacío, y unos ángeles les informaron de que Jesús había resucitado. La tristeza de una oscura noche se convirtió de inmediato en un glorioso día de luz e inmortalidad. La muerte había sido sorbida en victoria; la peor desesperanza se había transformado en esperanza eterna, al igual que una mariposa que emerge de un horrible capullo.

Por medio de la resurrección de Jesús se nos enseña que, para el cristiano, la muerte tiene dos puertas: una puerta que sirve de entrada y otra que es de salida, una puerta que es oscura y otra que es brillante, una puerta que ve el hombre y otra que ve Dios. Cuando aquellas mujeres se dirigieron al sepulcro, a ellas les sobrecogió la cara oscura de la muerte. Interpretaron la muerte de Jesús como una pérdida, una partida, un final. Cuando llegaron al sepulcro, se les llevó rápidamente a ver la otra cara de la muerte: un pasillo por el cual uno se traslada a la vida eterna.

Cuando estamos agobiados por el fallecimiento de un ser querido, nos vemos tentados a centrarnos en la cara oscura de la muerte. Vemos nuestra soledad, nuestra aflicción, la pérdida de una relación con alguien que amábamos. Es justo que nos sintamos con el corazón destrozado, es justo

¹ En este servicio se siguió un programa de varios cánticos apropiados para funerales, se leyó la esquela de defunción, se hizo una lectura de Salmos 122; Salmos 116.15; 1^{era} Corintios 15.50–56 y Filipenses 4.13, 19; luego se entonó otro cántico, se presentó el mensaje alusivo al funeral, y por último se entonó un cántico de conclusión.

² Autor anónimo.

que nos aflijamos. Dios nos hizo con la capacidad de derramar lágrimas. El verdadero amor siempre sentirá agudamente el dolor de la separación. No podemos experimentar devoción sin emoción. No obstante, no debemos permitir que la cara oscura de la muerte, domine nuestra visión y nuestros pensamientos. Dios nos ha revelado la cara resplandeciente de la muerte para que tengamos consuelo y entendamos como es debido qué es lo que ha ocurrido.

Recordemos que la muerte, por la gracia de Dios, tiene dos puertas: una que ve la tierra y otra que ve el cielo, una que sirve de partida y otra que sirve de llegada. La cara resplandeciente de la muerte se ve cuando entendemos que ella es el pasillo que lleva al cumplimiento de las promesas de Dios.

LAS PROMESAS DE DIOS

Todo cristiano tiene conocimiento de las promesas de Dios y las acepta como realidades, pero no las ha experimentado a plenitud. Es por esta razón que las llamamos «promesas». Dedicemos un momento a considerar algunas de las promesas, y observemos cómo nuestro ser querido ha entrado al cumplimiento de ellas.

En primer lugar, tenemos la promesa del perdón. Dios ha prometido un completo perdón a los que se le acercan con fe obediente. En una afirmación relacionada con el nuevo pacto, dijo: «Porque seré propicio a sus injusticias, y nunca más me acordaré de sus pecados y de sus iniquidades» (Hebreos 8.12). Todo cristiano recibe la promesa de Él por fe. Cuando nuestro ser querido obedeció el evangelio, él recibió la promesa hecha por Dios, del perdón de los pecados. Sus pecados fueron perdonados en ese momento. Al andar continuamente en la luz, recibió continuamente la promesa que hizo Dios, de perdón, en los años que siguieron; pero no fue sino hasta el momento de su muerte, que vio la completa realización de esa promesa, momento en el que pasó a la presencia de Dios completamente justificado y redimido.

Considere la promesa de «ninguna condenación» de Romanos 8.1. Al estar en Cristo, estamos sin condenación divina. Pablo puede decir, a los que están completamente revestidos de Cristo, lo siguiente: «Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús» (Romanos 8.1; vea también Gálatas 3.27). La completa realización de esta promesa no se verá sino hasta que seamos admitidos a Su santa presencia sin ninguna condenación y redimidos para la eternidad.

Consideremos también la promesa que hace nuestro Salvador, en relación con la muerte biológica. Cuando Él estaba junto al sepulcro de Lázaro, Él

dijo que la muerte corporal no nos lastimará: «Yo soy la resurrección y la vida; el que cree en mí, aunque esté muerto, vivirá» (Juan 11.25). Sin embargo, esta es una de las promesas de Él que no podremos probar en realidad sino hasta que muramos. ¿Puede usted imaginarse cómo será ese momento en el que nos encontremos ante la puerta de la muerte, y veamos que esta se nos abre de conformidad con la promesa del Salvador? Será entonces que veremos el cumplimiento de Su garantía.

Supongamos que recibe usted un cheque, y que confía en el que se lo dio. Mientras ese cheque está en su mano, usted se dice a sí mismo que es un cheque con fondos, y que es tan efectivo como el dinero. Tanto es así, que si alguien le preguntara con cuánto dinero cuenta en ese momento, incluiría el monto del cheque en la respuesta. Ahora, digamos que se dirige usted al banco para hacer efectivo el cheque. Cuando el cajero le extiende la cantidad de dinero indicada en el cheque, usted experimenta la realidad de la promesa de pago. Lo mismo sucede con las promesas de Dios. Uno cuenta con ellas. Uno cree en ellas. Son ciertas. No obstante, uno no verá la plena realidad de ellas sino hasta que las experimente en la eternidad.

Esta es la cara resplandeciente de la muerte: Es el momento cuando llegamos a conocer la plenitud de las promesas de Dios.

LA PRESENCIA DE DIOS

La cara resplandeciente de la muerte se ve también cuando entendemos que la muerte es el pasillo que lleva a una presencia más plena de Dios.

Todo cristiano conoce la presencia de Dios en esta vida. Dios le dijo a Moisés que dijera a Israel que Él iba a ser el Dios de ellos y que habitaría en medio de ellos:

Y conocerán que yo soy Jehová su Dios, que los saqué de la tierra de Egipto, para habitar en medio de ellos. Yo Jehová su Dios (Éxodo 29.46).

No hay duda de que esta hermosa idea es el trasfondo de los recordatorios que hace Pablo en 2ª Corintios 6 y Efesios 2, en el sentido de que la iglesia es el lugar donde mora Dios:

Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas, dice el Señor Todopoderoso (2ª Corintios 6.18).

... en quien todo el edificio, bien coordinado, va creciendo para ser un templo santo en el Señor; en quien vosotros también sois juntamente edificados para morada de Dios en el Espíritu (Efesios 2.21–22).

Jesús nos prometió claramente que Él estará con nosotros a medida que hacemos Su obra (Mateo 28.19–20). Recuerde aquella inolvidable promesa de la presencia de Dios que se hace en Hebreos 13.5–6:

Sean vuestras costumbres sin avaricia, contentos con lo que tenéis ahora; porque él dijo: No te desampararé, ni te dejaré; de manera que podemos decir con fiadamente: El Señor es mi ayudador; no temeré lo que me pueda hacer el hombre.

Así es, el cristiano anda diariamente en comunión con Dios.

Aunque no conocemos todo lo referente a la vida del espíritu posterior a la muerte, sí sabemos que en el momento de esta, entramos en la más plena presencia de Dios, en un andar más íntimo y más precioso con Él. Pablo dijo:

Porque de ambas cosas estoy puesto en estrecho, teniendo deseo de partir y estar con Cristo, lo cual es muchísimo mejor; pero quedar en la carne es más necesario por causa de vosotros (Filipenses 1.23–24).

Considere a Enoc del Antiguo Testamento (Génesis 5.22). De él se dice que «caminó [...] con Dios». Se nos dice que «no fue hallado, porque lo traspuso Dios». ¿Adónde lo llevó? No lo sabemos, pero lo que sí sabemos es que Enoc fue llevado hacia un más íntimo andar con Dios. Él ascendió a un plano superior de comunión con Dios.

Esta es la cara resplandeciente de la muerte: Pasamos por ella a la presencia más plena de Dios. ¡Qué momento más especial fue para Enoc cuando Dios lo llevó! ¡Qué momento más especial fue para nuestro ser querido cuando Dios lo llevó a una presencia con Él que jamás conoció en esta vida!

EL PUEBLO DE DIOS (QUE ESTÁ AL OTRO LADO)

Además, la cara resplandeciente de la muerte se observa cuando nos damos cuenta de que es la avenida que nos lleva al pueblo de Dios que está al otro lado de la vida.

Una aseveración que frecuentemente se usa en el Antiguo Testamento, en relación con la muerte de un justo es que «fue unido a su pueblo». Se usa en relación con la muerte de Abraham (Génesis 25.8), la muerte de Isaac (Génesis 25.17), la muerte de Jacob (Génesis 49.29), la muerte de Aarón (Números 20.24), y la muerte de Moisés (Números 31.2). En el momento de la muerte somos unidos a nuestro pueblo. La muerte es en cierto sentido, la puerta que lleva a una reunión familiar, la más preciosa

y agradable reunión que alguna vez se realizó.

Uno podría decir que el pueblo de Dios está dividido en dos grupos, y que un fino velo de carne los separa. Esos grupos son la iglesia que está sobre la tierra y la iglesia que está al otro lado de la vida. En Apocalipsis 7.2–4 parece que se hace referencia a ambos grupos:

Vi también a otro ángel que subía de donde sale el sol, y tenía el sello del Dios vivo; y clamó a gran voz a los cuatro ángeles, a quienes se les había dado el poder de hacer daño a la tierra y al mar, diciendo: No hagáis daño a la tierra, ni al mar, ni a los árboles, hasta que hayamos sellado en sus frentes a los siervos de nuestro Dios. Y oí el número de los sellados: ciento cuarenta y cuatro mil sellados de todas las tribus de los hijos de Israel...

La anterior sería una referencia a la iglesia que está sobre la tierra, la iglesia militante, los santos de Dios que están experimentando persecución o se están preparando para enfrentar esta.

Después de esto miré, y he aquí una gran multitud, la cual nadie podía contar, de todas naciones y tribus y pueblos y lenguas, que estaban delante del trono y en la presencia del Cordero, vestidos de ropas blancas, y con palmas en las manos; y clamaban a gran voz, diciendo: La salvación pertenece a nuestro Dios que está sentado en el trono, y al Cordero (Apocalipsis 7.9–10).

Este grupo imposible de contar serían los redimidos que están al otro lado de la vida. Ya han recibido la victoria. ¿Cómo será que lo hagan pasar a uno a esa asamblea? Esta multitud estaría compuesta por todos los espíritus justos que han sido hechos perfectos. Considere a los que estarán presentes en esa asamblea: Abraham, José, Moisés, Jeremías, Elías, Enoc, Pablo, Pedro, Juan y todos los demás salvos de todas las eras.

En 1994 participé en una campaña en Donetsk, Ucrania, con 206 cristianos. En realidad fueron once campañas las que se realizaron simultáneamente. Al cabo de ocho días, se habían hecho cristianas 1.545 personas. Les dijimos a todos los recién convertidos que deseábamos reunirnos con ellos una última vez a las dos de la tarde del domingo, en el Palacio de Lenin. Ese auditorio tendría capacidad para mil doscientas personas más o menos. El domingo por la tarde, el auditorio estaba holgadamente lleno de cristianos nuevos, de personas que se habían hecho cristianas durante los últimos ocho días. Esa asamblea era de un solo corazón y un alma. Cantamos juntos, nos exhortamos unos a otros y oramos juntos. Fue uno de los momentos de comunión

más estimulantes que alguna vez experimenté. Tal vez jamás volveré a conocer algo parecido en este mundo. No obstante, si la comunión es maravillosa aquí, ¡imagínese cómo será en el cielo!

La muerte no es un fin, sino un intervalo entre la vida y la eternidad. Los cristianos jamás dicen «adiós» por última vez. La muerte es solo un espacio en nuestro estar juntos.

William Jennings Bryan dijo: «Cristo ha hecho de la muerte una estrecha franja iluminada por las estrellas que se extiende entre los compañerismos de ayer y los encuentros de mañana». Esta es la cara resplandeciente de la muerte: Es un pasillo que lleva a la asamblea del pueblo de Dios que está al otro lado.

CONCLUSIÓN

La cara resplandeciente de la muerte se observa, entonces, cuando entendemos que ella es la vía de entrada a las promesas de Dios, a la presencia de Dios y al pueblo de Dios.

La muerte es un poco como mirar a un ser querido que aborda un trasatlántico y sale hacia otras tierras. Nos decimos adiós y nos despedimos, mientras que aquellos que están en las otras tierras se preparan para darle la bienvenida y decirle que lo estaban esperando. Mantenemos la mirada en el trasatlántico hasta que lo perdemos de vista; no

obstante, en ese mismo momento es avistado por los de la otra orilla. Nosotros le decimos «adiós»; aquellos le dicen «hola». Para nosotros es una partida; para aquellos es una llegada. Para nosotros es una separación; para aquellos es una llegada a casa.

Confiemos en Dios, nuestro Padre, que Él nos fortalecerá para las dificultades que nos esperan. Miremos a través de las lágrimas, a través de los lentes del evangelio y veamos la cara resplandeciente de esta muerte. Que nuestro enfoque de la vida sea siempre una reflexión de este lema: «Preparado para vivir, por lo tanto, preparado para morir; preparado para morir, por lo tanto, preparado para vivir». Recuerde que tanto debajo de la muerte como de la vida, yacen la bondad y la misericordia de Dios:

No sé lo que el futuro traerá
De maravilla o de sorpresa,
Seguro estoy que debajo de la muerte y de la vida
Yace su misericordia;
Y si mi corazón y mi carne son débiles
Para soportar un dolor no probado,
La caña cascada Él no romperá,
Sino que la fortalecerá y sustentará.
(Énfasis nuestro.)³

³ Tomado de John Greenleaf Whittier, "The Eternal Goodness" («La eterna bondad»).